

I CONGRESO NACIONAL DE PROFESORES CRISTIANOS

LUIS MIGUEL DEL BARRIO

El I Congreso Nacional de Profesores Cristianos, celebrado en Madrid entre el 1 y el 4 de noviembre del presente año, tuvo la virtud de congregar a ochocientos profesores de toda España, en representación de un gran colectivo que, independientemente de trabajar en la enseñanza privada o en la pública, quiere tener claras sus señas de identidad. Sin embargo, y pese a la gran riqueza y entusiasmo de todas y cada una de las aportaciones de los congresistas, la nota pesimista se puso de manifiesto en el mismo momento en que Concepción Solana, secretaria del Congreso, leyó las conclusiones del mismo: lo leído en la clausura, poco o nada resumía lo escuchado y hablado en las jornadas precedentes a ese día lluvioso y oscuro del 4 de noviembre. No obstante, esta impresión de pobreza final no resta ni un ápice de brillantez a un Congreso que ha sabido abordar los problemas de fondo que hoy tienen planteados los profesores cristianos.

AL MARGEN DE LA LODE

Todo comenzó, el pasado 1 de noviembre, con la lección inaugural del profesor Julián Marías sobre «La visión cristiana de la realidad», aunque previamente Mons. Elías Yanes, arzobispo de Zaragoza y presidente de la Comisión Episcopal de Enseñanza, había saludado a los congresistas, haciéndoles ver que «la presencia de la Iglesia en la enseñanza se realiza a través del profesorado cristiano, sea cual sea la disciplina y el centro de enseñanza donde la imparte», por lo que no debe resultar en absoluto extraño que «si no hay profesores cristianos, no habrá educación cristiana en el ámbito escolar». De ahí que las personas comprometidas en el servicio a la escuela se muestren preocupadas, ya que «no hay claridad sobre qué hacer y cómo, aparte de los problemas que genera el vigente marco legal o el legislativo previsible».

Conviene hacer notar, antes de resumir la lección impartida por el ya citado Julián Marías, que, pese a la referencia de monseñor Yanes al «marco legislativo previsible», este Congreso de educadores cristianos se abstuvo en todo momento de ni siquiera comentar temas tales como, por ejemplo, la tan traída y llevada LODE (Ley Orgánica del Derecho a la Educación). De todos modos, es curioso constatar cómo otro obispo, concretamente el de Cádiz-Ceuta —monseñor Antonio Dorado—, también se refirió al «marco legislativo posible», y en esta ocasión citando el tema LODE, al leer su ponencia sobre el «Apoyo de la comunidad cristiana a sus profesores». El resto del Congreso, empero, se olvidó en todo momento de abordar estos temas de tanta actualidad, puesto que la tarea del Congreso —independientemente de si la LODE es buena, mala o regular— debía centrarse sólo y exclusivamente en otro tema mucho más actual y trascendente: descubrir la identidad y el compromiso del profesor cristiano, aquí y ahora; en una sociedad pluralista como la nuestra, donde el diálogo fe-cultura parece no escucharse y donde los educadores que se dicen cristianos no siempre se sienten respaldados por la comunidad que se dice cristiana. Y este reto, que espoleó a los congresistas tras la busca de una identidad perdida —no quizás adormecida—, fue el único que estuvo presente en la conciencia del I Congreso Nacional de Profesores Cristianos, cuyo lema hablaba por sí solo: «Hay que hacer la educación que los tiempos demandan». Nada más ni nada menos. Por eso, fue indignante la tergiversación de cierta prensa que se autodefine como independiente, al querer relacionar este Congreso con la manifestación a favor de la libertad de enseñanza que se celebró el día 18 de noviembre. Olvidaron, aunque lo sabían perfectamente, que la fecha del Congreso se había decidido hace casi dos años, sin pensar para nada en una manifestación que aún no había sido programa y cuya organización nada tenía que ver con lo que el Congreso quería debatir y debatió.

UN INVITADO DE HONOR: JULIAN MARIAS

Pero, al margen de todas estas explicaciones —necesarias y pertinentes, eso sí—, la cuestión ahora es referirnos a esa lección inaugural referida a «La visión cristiana de la realidad», cuyo autor fue Julián Marías, miembro de la Real Academia Española y del Pontificio Consejo para la Cultura.

Según Julián Marías, la antropología cristiana, que asume e integra la tradición greco-latina y la judía, entraña, más allá, la afirmación del hombre como persona —respuesta a «quién» y no a «qué»—, sustentada en la afirmación de Dios como Amor (no es lo mismo considerar el amor como Dios (Eros) que afirmar que Dios «es» Amor). El hombre, en cuya indefinición ve Marías la imagen analógica de la infinitud divina, es animal de futuro, «futurizo», que forzosamente libre —en clave orteguiana— es proyecto

permanente. El cristianismo nos sitúa bajo la mirada de Dios, pero solos; en manos de Dios, pero libres. De ahí que la libertad sea inseguridad y que el cristianismo no nos libre de ella, puesto que «el hombre es mortal de necesidad». Sin embargo, el cristianismo afirma la resurrección, frente a los que consideran al hombre como «cosa extingible». Por lo tanto, continuaba Julián Marías, no será cristiana una educación que no se sitúe en esta perspectiva antropológica. Y esta educación no se le puede hurtar a un europeo, porque Europa —aún cuando ocurriera alguna vez que ningún europeo fuera cristiano— no se entiende sin el cristianismo.

IDENTIDAD Y COMPROMISO DEL PROFESOR CRISTIANO

Tras la intervención de Julián Marías, el Congreso entró abiertamente en materia con la primera ponencia, que versó sobre la «Identidad y compromiso del profesor cristiano desde el análisis socio-cultural» y cuyo autor fue José Tomás Raga, catedrático de Economía de la Universidad Complutense de Madrid, quien señaló que la posibilidad de que el profesor cristiano sea transmisor de una esperanza cristiana resulta cada día más complejo y menos posible. No en vano estamos inmersos en una sociedad consumista que preconiza la búsqueda de lo fácil y da más valor al tener que al ser. Además, si a esto unimos la contradicción entre los valores proclamados y los valores vividos; la mezquindad de un «realismo» con el que pretende ampararse la ausencia de todo esfuerzo; la demagogia igualitarista que embota la responsabilidad personal, y ciertas intransigencias, no es extraño —decía el ponente— que el mundo de la enseñanza haya quedado reducido a un mecánico y apático «cumplimiento», exento de la más mínima vocación y pleno de egoísmos y falto de preparación profesional. En suma, la enfermedad tan extendida del «titulismo», junto con todo lo reseñado, ha hecho posible que la acción educativa haya olvidado aspectos tales como generosidad y entrega, sin los cuales no es posible realizar una auténtica educación, sea o no cristiana. Inmersos en este «ambiente», muchos profesores cristianos se han sentido desorientados, han descuidado alimentar su fe y no se han preocupado de adquirir una sólida formación teológica. Así las cosas, difícilmente se podrá transmitir un Evangelio actualizado.

Frente a este estado de incompetencia generalizada, el profesor Raga apuntaba que el profesor cristiano debe fomentar en todo momento el humanismo cristiano, a través de un método crítico y valorativo que sea capaz de abrir al alumnado las realidades sociales de forma que de ellas se desprendan actitudes de posesión del conocimiento y respeto para posiciones que resulten alejadas. En definitiva, el profesor cristiano debe ser «una persona íntegra, sencilla, esperanzadora, equilibrada, respetuosa, alegre, crítica y capaz de transmitir, a través de sus hechos, lo que tiene vivido en su

propia fe en Dios Salvador». Y esto lleva consigo no sólo dejar patente su compromiso evangélico en las aulas, sino también en la sociedad pluralista en la que nos movemos y vivimos. Por eso, y tal y como recalcó José Tomás Raga, «es necesaria la entrega generosa de los profesores cristianos», que han de esforzarse por su propia formación permanente —«una formación científica y técnico-pedagógica rigurosa»—, sin olvidar estar abiertos al diálogo desde la honesta afirmación de su propia identidad —«sencillos y humildes, movidos por el amor».

LA DINAMICA DEL CONGRESO

Después de la primera ponencia, los trabajos de reflexión por grupos no se hicieron esperar. A este respecto, conviene decir que se trabajó mucho y bien dentro de todos y cada uno de los veinte grupos en los que se dividieron los congresistas, quienes tenían ocasión de oír las aportaciones de cada grupo en concreto en el transcurso del plenario que siguió a cada una de las tres ponencias. De esta manera, se demostró que la dinámica del Congreso funcionó lo suficientemente bien como para que ninguna aportación se quedara en el tintero. Además, también en las reuniones plenarias se podían escuchar las opiniones de los integrantes de cada panel de expertos, quienes abundaban en el tema expuesto por cada ponente. También conviene reseñar que las tres ponencias, aunque fueron obra de sus respectivos autores, se construyeron con el material aportado, durante dos años, por los grupos de profesores de cuarenta y siete diócesis españolas, cosa que obliga a reconocer que todo lo tratado en el Congreso gozó de una auténtica bendición democrática. Sin embargo, y por esta misísima razón, no puede resultar extraño que las sugerencias emanadas desde los grupos de reflexión resultaran, por lo general, repetitivas hasta la misma saciedad, lo que no quiere decir que no fueran interesantes. Al contrario, eran muy más que interesantes, pero debido a esa repetición ya reseñada —hasta tal punto que se decían cosas idénticas a propósito de ponencias distintas—, no iremos apuntando lo que se dijo después de cada una de las ponencias, cuando hayamos finalizado con el contenido de las dos ponencias restantes.

CUANDO LA FE Y LA CULTURA NO DJALOGAN

La segunda ponencia, que abordó el «Diálogo fe-cultura», fue lo suficientemente profunda y esclarecedora como para transcribirla íntegramente. Su autor, Juan Luis Ruiz de la Peña, es catedrático de Antropología Teológica en la Universidad Pontificia de Salamanca y dio en la diana sobradamente.

Tras reseñar que la cultura siempre ha de referirse a la perfección inte-

gral de la persona humana y que la cultura debe incluir una fuerte dosis de ética, el ponente añadió que la cultura debe estar abierta a la trascendencia, por lo que «hay una raíz común de lo cultural y de lo religioso en esta dinámica de trascendimiento». De ahí que «la formulación *fe*, guión, *cultura*, sea, en rigor, poco afortunada», ya que «cada miembro de este binomio está abierto al otro por definición». Por lo tanto, a la fe debiera serle inherente «la capacidad de segregar cultura». así como a la cultura tendría que serle inherente «el sondeo en profundidad de las dimensiones últimas de la existencia humana y de su realidad circundante». Más adelante, después de hacer ver que, «durante dieciséis o diecisiete siglos, todo europeo culto fue el producto de la tradición y el pensamiento cristianos», el profesor Ruiz de la Peña no olvidó referirse al otro extremo del péndulo, cuando «la cultura occidental moderna» ha tropezado «con la incompreensión o la hostilidad de la Iglesia»: el nacimiento de la ciencia (Copérnico, Descartes, Galileo, Darwin); la instauración del ejercicio democrático del poder (revolución francesa, proclamación de los derechos del hombre); los movimientos sociales reivindicativos (socialismo, anarquismo, marxismo). Este enfrentamiento —apostillaba el ponente— ha sido dramático para la Iglesia, ya que «de una cultura cristiana se ha pasado a una cultura postcristiana, descristianizada, anticristiana».

¿Y cuáles son los rasgos más negativos de la cultura dominante? Según el ponente se pueden resumir en tres: *la vigencia de distintas formas de anti-humanismo teórico*, que intentan (con la ayuda de la antropología estructural, la sociobiología y el materialismo fisicalista) ejecutar un triple proyecto reduccionista de lo humano: «Del sujeto al objeto, del hombre al animal, de la mente al cerebro».

En segundo lugar, *la desacreditación de lo religioso desde la mentalidad postmoderna*: «La razón ha deshauciado definitivamente a la religión; la fe nunca valió para la vida, pero ahora no vale ni siquiera para la muerte».

En tercer lugar, *el carácter crecientemente demoníaco de ciertos sectores de la técnica*: los arsenales nucleares, la manipulación genética, la ingeniería social, sin olvidar para nada la existencia de «intereses muy poderosos que intentan introducir en nuestras conciencias una propensión a la conformidad o al conformismo».

Así las cosas, «parece oportuno recordar que una cosa es cultura y otra civilización técnica». No en vano la técnica suele «presentar los medios como si fueran fines», con lo que puede convertirse en «una máquina segregadora de inhumanidad».

Por supuesto, junto a estos rasgos negativos de la cultura dominante, el ponente también señaló otros de signo positivo: el ocaso del cientifismo como algo absoluto, pues no en vano —en palabras de Ortega— «el conocimiento científico es exacto, pero incompleto y penúltimo»; la añoranza de

la trascendencia —«por las grietas de una realidad desintegrada se filtra la nostalgia de lo totalmente otro»—; la democratización y moralización del poder, y el pluralismo y la tolerancia crecientes, que «abren mayores posibilidades que nunca de diálogo comprensivo entre posiciones distintas e incluso contrarias».

EL PROBLEMA ESPAÑOL

Por su parte, la cultura española presenta también estos rasgos, aunque con predominio —entiende el profesor de la Peña— de los negativos: «Hemos sido transferidos de una cultura oficialmente confesante a una cultura devotamente increyente». Ante este panorama, el no contar con hombres de cultura que ejerzan como creyentes representa una gravosa hipoteca para la credibilidad del Evangelio. Y hay que reconocer que «la inmensa mayoría de los cristianos cultos tiene muy poca cultura cristiana», por lo que salta a la vista que «ese desfase entre su cultura secular y su cultura teológica provoca efectos paralizantes a la hora de testimoniar su fe o de confrontarla con otras cosmovisiones». Es decir: en nuestro país, la fe es muy poco culta. Por tanto, la cultura se va alejando cada vez más de la fe.

En este contexto, el ponente trazó una serie de consideraciones de carácter propositivo, a cuento del diálogo fe-cultura: «Evitar escrupulosamente todo enfeudamiento de la fe cristiana en *una* cultura y, por extensión, en *una* filosofía»; «situarse crítica y activamente ante la cultura dominante», en vez de sufrirla, anatemizarla o ignorarla; realizar «una lectura humanista de la realidad», y aportar esos «mínimos antropológicos» que nos ofrece la fe: la afirmación del hombre como valor absoluto, el primado del ser sobre el tener, la rehabilitación del papel nutricional de la tradición, la preeminencia de la «agapé» sobre el «logos», y la apertura a la trascendencia y libertad creativa del hombre.

Por tanto, aunque la fe y la cultura parecen cada vez más distanciadas, «hay que recuperar la confianza en la capacidad de la fe para incidir positivamente en la configuración de la cultura». Y precisamente, en palabras de Juan Ruiz de la Peña, «esa es la tarea del educador cristiano».

LA COMUNIDAD CRISTIANA DEBE ARROPAR A SUS PROFESORES

El tercer ponente sería un obispo. Concretamente el de Cádiz-Ceuta, monseñor Antonio Dorado, quien habló largo y tendido sobre el «apoyo de la comunidad cristiana a sus profesores». Según monseñor Dorado, el espíritu alienta con intensidad especial en los tiempos de crisis. Y actualmente

—dijo— «vivimos en una profunda crisis», cuyos rasgos más sobresalientes pueden sintetizarse así: la búsqueda de bases firmes que orienten y guíen el cambio, con el fin de que los jóvenes puedan superar la desorientación que padecen; una situación de pluralismo», ante la que se ha de mantener una actitud sincera de diálogo permanente; «la elaboración y entrada en vigor de una nueva legislación sobre la enseñanza», como es el caso de la LODE, que plantea problemas a la escuela católica; y la preocupante ausencia de espíritu asociativo que caracteriza a toda la sociedad española.

A continuación, monseñor Dorado se refirió al por qué la Iglesia debe apoyar a los profesores cristianos: en primer lugar, porque la fe difícilmente puede insertarse en una personalidad cuya concepción global del mundo no quede abierta a la trascendencia —y esta apertura viene posibilitada o dificultada por la educación escolar—; en segundo lugar, porque hay valores humanos no específicamente cristianos (defensa de los derechos humanos, libertad, solidaridad y justicia) que, sin embargo, sí que pertenecen a la integridad de la fe, y, en tercer lugar, porque el profesor «siempre educa o deseduca mediante sus actitudes».

En su análisis teológico, monseñor Dorado considera la actividad del profesor cristiano como un auténtico ministerio local, caracterizado por un carisma y preparación específicos, aunque desgraciadamente «muchos educadores cristianos viven su tarea más como una profesión mediante la que se ganan la vida que como una vocación de su ser hombres y de su ser cristianos». Sin embargo, la tarea educativa sólo constituye un ministerio laical cuando el profesor cristiano vive existencialmente su fe, cuando está inserto en una comunidad viva y cuando mantiene despierto su sentido de pertenencia eclesial —pues «no tenemos acceso a Cristo fuera de la Iglesia»—.

Por otra parte, el obispo de Cádiz-Ceuta insistió en la necesidad de promover asociaciones católicas de educadores y animó a coordinar la pastoral educativa en las diócesis, ya que todo esto significaría «una plataforma de encuentro, de diálogo y de búsqueda de una respuesta cristiana a los desafíos del momento».

LAS VOCES DE LOS CONGRESISTAS

En cuanto a las sugerencias dadas por los grupos de reflexión en que se dividieron los ochocientos congresistas, hay que apuntar que en un noventa por ciento de los casos todas las aportaciones ya estaban incluidas, de manera más o menos explícita, en lo dicho por los ponentes. Quiere esto decir que las tres ponencias fueron suscritas, al menos de un modo simbólico, por los congresistas.

Así, por ejemplo, hubo unanimidad a la hora de constatar la pasividad

de muchos profesores cristianos; la falta de diálogo, de militancia, de vocación, de creatividad, de competencia profesional y de ilusión; la carencia de una formación cristiana actualizada; la necesidad del asociacionismo; la enfermedad del «titulismo»; y toda una larga lista de temas ya apuntados en las ponencias. Asimismo, en cuanto a cómo salir del atolladero, se volvía a caer en la mera repetición: hay que organizarse a nivel diocesano y nacional; es necesario apoyar a los seglares en la acción educativa; urge una coordinación con los padres de los alumnos exige un compromiso en nuestro perfeccionamiento; ir en busca de nuestra propia identidad obliga a tener en cuenta nuestra calidad de profesores y nuestra calidad de cristianos; nuestro testimonio debe ser coherente, y sin imposiciones trasnochadas; conviene desarrollar un sentido de apertura y de diálogo; hay que aumentar la calidad y el prestigio profesional; toma de conciencia de responsabilidades, como exigencia de nuestra fe, si es que ésta aún late viva; hacer la educación que los tiempos demandan; organizar cursos de filosofía que sirvan como actualización científica y humana; aceptar el pluralismo de los otros; combatir la inconsecuencia; necesidad urgente de militantes cristianos; detectar a todos los educadores católicos; que la comunidad educativa sea evangélica, eclesial, tolerante, pluralista y vivencial; que haya unidad de criterio en la aprobación de los textos de religión; abordar, juntos, padres y alumnos, la educación de éstos últimos; dar participación a los padres, pero también a los alumnos...

De todos modos, y aunque predominó la reflexión sobre lo ya dicho, hubo también voces originales y críticas, que recibieron los aplausos calurosos de la mayor parte de los congresistas. Así ocurrió, por ejemplo, cuando un joven profesor aseguró que en la enseñanza privada, y concretamente en los centros religiosos, se niegan los cauces de participación a los profesores que desean participar, cosa ésta que no ocurre —según dijo otro congresista— en los centros públicos, «donde si no se participa más es porque no se quiere». Del mismo modo, otro profesor, también joven —y con barba bien poblada—, formuló una pregunta con fuerza y con vigor: ¿Cómo se puede ser un profesor cristiano militante, sin una opción preferencial por los pobres? Y los aplausos sonaron con singular calor, aunque en honor a la verdad hay que aclarar que la mitad de los congresistas no aplaudieron, aunque quienes lo hicieron trabajaron doble —y además con ilusión—.

A la vista de todo esto, nadie podrá negar que el Consejo fue vivo y movido. De ahí que la jornada de clausura dejara a más de uno un cierto mal sabor de boca; puesto que nadie supo resumir —ni siquiera en un par de folios— unas propuestas de trabajo que estaban anunciadas en el programa del I Congreso Nacional de Profesores Cristianos. Se dijo, es verdad, que todo lo dicho en las jornadas del Congreso se publicará oportunamente en un buen libro, cosa que, por cierto, contrasta —sin sentido alguno— con las dificultades que el Gabinete de Prensa del Congreso puso

a cuantos periodistas quisieron una fotocopia de las ponencias leídas a los congresistas. Fue, desde luego, algo absurdo, porque todo aquel que se esforzó en conseguirlas, las consiguió, aunque recurriendo a métodos extraños de filtración.

Por lo demás, no parece nada serio concluir un Congreso de esta envergadura con pretensiones tan pobres como éstas: avanzar hacia un II Congreso, a celebrar dentro de dos años; promover nuevos grupos de profesores cristianos; revitalizar los Consejos Diocesanos de Pastoral Cristiana; hacer especial hincapié en la formación religiosa de los alumnos; realizar una organización bien estructurada y dinámica en el ámbito diocesano; y publicar una revista bien elaborada, mejor presentada y con buenos contenidos en relación con la problemática de los profesores cristianos.

Por supuesto, y a Dios gracias, el I Congreso Nacional de Profesores Cristianos fue mucho más que esas tan pobres propuestas de futuro. Además, contó con el apoyo de la Conferencia Episcopal Española, pues no en vano muchos obispos y arzobispos desfilaron durante cuatro días envueltos entre los ochocientos congresistas. Y buena prueba de ello es que la jornada de clausura estuvo a cargo de monseñor Gabino Díaz Merchán, presidente de nuestra Conferencia Episcopal. Y más aún: este Congreso recibió el espaldarazo de Roma, como muy bien indicó monseñor Antonio María Javierre, arzobispo de Meta y secretario de la Sagrada Congregación para la Educación Católica, cuando leyó su brillante conferencia de clausura: «Jesús, maestro. El maestro cristiano».